

Entre muchas virtudes que se conocieron en este Apostólico Varon fué la virginidad, con tan linda suerte, que habiendo vivido en el mundo en medio del incendio de Troya, se conservó entero: como la zarza de Moisés que ardiendo, no se quemaba, siendo no solo por esto su virginidad loable que bastaba (como basta el serlo para ser retrato del cielo) sino que siendo este varon Apostólico de la complexion más robusta y corpulencia más grande que hasta hoy se ha visto en este reino tuvo el incitativo tan sujeto que los resabios de la carne se veian trocados en virtudes declaradas; y así su virginidad trajo consigo condiciones que sobre la tela de su valor le bordan otros de singular aprecio. Murió en el convento de Valladolid donde el labrarlo y hacerlo fué por hacer su sepultura en que tuviera su perpetua vivienda de reposo y descanso "Et sepulchra eorum domus eorum in perpetuum" dijo David. Allí está su cuerpo con el recuerdo que merecen sus virtudes, enseñándonos que el labrar edificios, ha de ser haciendo la sepultura.

CAPITULO XXIX.

DE LOS PADRES FR. CRISTÓBAL MARTINEZ
Y FR. RODRIGO ALONSO.

P. Fr. Cristóbal Martínez. Fué natural de Huelva en el Condado. Pasó á la Nueva España y tomó el hábito combatido de los tropiezos que derriban y no levantan. Y como la observancia de esta provincia era el oro que se venia á los ojos, la escogió para alivio de sus penas que eran muchas las que le aquejaban en los vigos de la mocedad. Y así en el convento de Tzintzuntzan, fué donde se vistió de un nuevo hombre, cuyo magisterio hallaba escrito en aquellas paredes con la sangre de tanto penitente, y

así lo imitó con tan grande espíritu que merece lugar entre ellos, siguiendo sus pisadas en la mera observancia de su Regla, siendo tan perfecto en lo mínimo como en lo máximo de ella, y así en todos los días de su vida no se le cayó del pecho para consultar con ella las acciones de su vida. Dormía vestido del mismo modo que le han de poner en la sepultura, contemplándose todas las noches en ella, siendo una tabla desnuda, cama y sepultura de este siervo de Dios. Todo lo que hablaba de día eran cosas de espíritu ó tocantes à la regla, y así fué muy enemigo de oficios y no admitió ninguno, salvo aquellos que le forzaba la obediencia y así fué dos veces Vicario Provincial compelido de ella, porque como entonces Michoacan y Jalisco eran una Provincia, era forzoso dejar Vicario Provincial mientras se visitaba Jalisco, y así por esta razón lo fué dos veces este apostólico varón con tan grande sagacidad y prudencia que le aclamaban por Provincial mil veces, descubriendo esta aclamación el aprecio de su persona que era el que encubría su humildad. Murió en el convento de Tarimbaro donde está enterrado. Después de cinco años abrieron su sepultura para enterrar otro religioso y hallaron el cuerpo fresco y entero, y al cabarla le dieron un golpe

en un pié y le corrió sangre fresca y roja como si estuviera vivo.

Padre Fr. Rodrigo Alonso. Fué natural de la Ciudad de Lisboa, reino de Portugal. Tomó el hábito en esta Provincia en el Convento de Acámbaro, y desde luego concibió grandes cosas de este Siervo de Dios. Profeso, estudió Artes y Teología y salió gran Teólogo y Predicador con singular espíritu. Y pareciéndole que era corto empleo el serlo de los Españoles aprendió con singular eminencia todas las lenguas que administra la Provincia como son: tarasca, mexicana y otomí, y las predicó con tanto espíritu que hubo día, que en el Convento de Acámbaro predicó cuatro sermones en todas estas lenguas Española, Tarasca, Mexicana, y Otomí, y en cada una con tanto primor y valentía, como si fuera en cada una concurso natural y no adquirido. Con todo esto fué observantísimo Varón humilde y penitente y tan dado à la oración, que lo más de la noche pasaba en el coro; fué dos veces Vicario Provincial y la última tratando con un religioso à quien amaba tiernamente que quería renunciar el oficio: el religioso le dijo que renunciase luego; él le respondió que no era tiempo; de allí à hora y media lo llamó y dijo que ya era tiempo y renunció con gran ad-

miracion de todos. Fué muy abstinente y tanto que fuera de los ayunos de la Regla, ayunaba la víspera de la Magdalena y las festividades de Nuestra Señora á pan y agua, con que la opinion de sus virtudes corrió por toda la Provincia y le estimó por Siervo de Dios. Adoleció en el convento de Acámbaro y en el curso de la enfermedad conoció el de la vida y la hora de su muerte, y viendo que ya llegaba, pidió todos los Sacramentos y llamó á todos los religiosos y bajándose él mismo sobre un petate se amortajó cruzó las manos y pidió le cantasen el Credo, y al *Incarnatus est*, espiró con tanta tranquilidad, como si la muerte fuera blanda marea que le habia suspendido los sentidos. Quedole el rostro tan risueño, hermoso y bello como si los gozos del alma se asomaran á él á certificarnos de su gloria.

CAPITULO XXX.

DE LA VIDA DEL P. FR. JUAN DE ESPINOSA.

Tomó el hábito este siervo de Dios en la provincia de la Concepcion, donde aprendió toda religion y virtud. Y experto en lo más observante de ella, pasó á la Nueva España, asignada para esta provincia de Michoacan, donde fuese un nuevo Adan, que guardase y conservase los frutos de este paraíso en las nuevas plantas convertidas y juntamente trabajase para coger frutos de los que quedaban echando la hoz en ellos como los demas ministros.

Llegó, pues, á la provincia y empezó á trabajar en la viña, aprendió la lengua tarasca, la

administrò y predicó como gran ministro que fué entre los grandes de la tarasca, teniendo en ella más que otros, que fué la gravedad de las palabras, con que estremecía á los oyentes. Fué muy observante y tan celoso con los demas religiosos que algunos juzgaban á temeridad sus consejos y no eran sino llamas que no cabiendo en el pecho brotaban por la boca á significar lo que sentian. Fué guardian muchas veces de comunidades y estudios y sabia mezclar tan bien lo severo del prelado con lo amoroso del Padre, que mientras los estudiantes estaban en su leccion, iba en persona á sus celdas á ver sus necesidades, y si les hallaba los paños menores rotos él mismo los remendaba, y si no estaban para servir los hacia nuevos y los ponía donde estaban los viejos, procurando aliviarlos de este cuidado, para que todos los demas los pusiesen en estudio, como él ponía los paternales en el menester de sus hijos. Vivió más de cuarenta años en el convento de Tarecuato, que fueron los que tuvo de Indias, pueblo todo de indios y retiro de aquellas montañas, sin más pasajeros que las aves que van volando. En todo este tiempo no faltó un punto á media noche á Maitines y á todas las horas; siendo así que lo más de él estuvo solo, teniendo su oracion, disciplinas y

mortificaciones, como si estuviera en la mayor comunidad de la órden. Fué en todas sus acciones muy severo y circunspecto, particularmente en las de Prelado, siendo Vicario Provincial que solo con el nombre corregia lo que con la persona.

En lo político y cortesano pudo fundar Repúblicas, como lo muestra la que reformó en el Pueblo de Tarecuato, pues estando ya algo descaecida, este siervo de Dios, fundó de nuevo el Pueblo con calles, plazas, casas y costumbres, con tanta perfeccion que cada indio en lo político parecia un Español y en la cristiano un religioso. porque les enseñó á andar delante de sus ministros con las manos cruzadas, intimándoles el respeto y la estimacion. Les dió reglas y modos populares para conservar su República, ordenando entre otras cosas que la comunidad del pueblo repartiase todas tierras validas á todos los vagos y á los que quisiesen de otras partes avecindarse, dándoles la parte equivalente á las personas ó familias para que la cultivasen, trabajasen y comiesen el trigo ó maiz que cogiesen dándoles la comunidad la semilla con que empezasen y así creció grandemente aquel pueblo, así de indios como de trato y contrato.

Fundoles un Hospital de los mejores de la Provincia, así de edificio, órgano y ornamentos, como de rentas, á donde se curan los enfermos á costa de ellas. Puso en la Iglesia principal todos ornamentos que tiene, que en número y valor compiten con los mejores del reino. Dejó candeleros de plata, ciriales y custodia como lo mejor y más costoso.

Fundó una escuela donde los muchachos aprenden á leer, escribir y contar, con que la capilla sirve á la Iglesia y al Hospital sin defecto ni falta de cantores: y aunque es verdad que el pueblo y hospital no fundó de nuevo, sino que lo reformó fué con tantas ventajas que se le dá el nombre como si fuera el primero que lo pobló; pero ya que aquí no lo fué, lo fué en el pueblo de San Angel, pues lo fundó desde el primer cimiento hasta el último y le hizo su Iglesia y convento muy capaz, curioso y alegre con sus ornamentos y demas piezas de plata necesarias, repartiendo el pueblo en calles, plazas, ángulos y encrucijadas como si fuera un Sixto V en Roma, dándole tan vistosa composición como la tuvo en la intención con que lo poblaba. Mandó luego que todos sus moradores sembrasen sus semillas y que ninguno estuviese ocioso, y al que lo estuviera, que los Alcaldes le obli-

gasen á trabajar, dándole tierras y semillas. Perseguió crudísimamente á los amancebados, porque decía que eran la peste de los ociosos y así no le paraba ninguno. Ordenó la doctrina con el mayor concierto que hay en la Provincia; puso cantores y colocó su órgano en la Iglesia, trayendo organista que en el ínterin tocase y enseñase á otros.

Ordenó que cuando se presentasen para casar los Fiscales los examinasen de la doctrina, y si no la supiesen los depositasen hasta que la aprendiesen. Finalmente, fué esencialísima persona en esta Provincia, así para ella como para los Indios, á quienes amaba tanto que en estando enfermos, él mismo en persona los iba á servir, por su mucha pobreza; y así cuando nacía uno, empezaba á sentir sus trabajos como quien empezaba por ellos, imitando á Hesiodo, que según San Gerónimo, lloraba al nacer los hombres y se alegraba de su muerte. Así este amoroso Padre sentía mucho ver que nacían para tan mísero estado, pero cuando veía que morían estables en la fé y con los Sacramentos se alegraba y daba por bien empleada su pobreza. Después de setenta años de edad y más de cincuenta de religión, llegó la muerte á este siervo de Dios, de quien temblaba como otro Antípatro Sydonio;

pero como sus merecimientos eran tantos, le aliviaron los temores de ella, y lleno de confianza pasó de esta vida en el convento de Tarecuato; donde fué tanto el alboroto y el sentimiento tanto, que de toda aquella montaña bajaban como corderillos balando y diciendo á voces: "ya murió el santo." Los lloros y sentimientos que hicieron los indios, no son decibles: hicieronle un entierro solemne á su costa, levantándole un grande túmulo con mucha cera y grande ofrenda. Despues le hicieron sus honras muy solemnes y quedó cóstumbre ofrendarle todos los línes su sepultura y de hacerle todos los años su cabo de año, lo cual dura hasta hoy con tanto sentimiento, como quien á cada paso echa ménos su amor y presencia, pero téplalo con la seguridad que tienen de que está en el cielo.

CAPITULO XXXI.

DE LOS PROVINCIALES QUE HA HABIDO
DESDE LA DIVISION HASTA ESTE AÑO DE 1639.

Saca Moisés el pueblo de la cautividad Egipcia y receloso de las dificultades que podian suceder en el camino de Filistea, guia el pueblo por el desierto; y sacando los huesos del patriarca José de su sepulcro y colocándolos en una arca, los hizo llevar por delante del pueblo, para que teniéndolos á los ojos, refrenase el furor de sus impacencias y los huesos de aquel ataud fuesen publicando la seguridad de las promesas de Dios y pusiesen freno al orgullo de sus afic-

ciones, y à nosotros asimismo nos predicase desde la sepultura del campo de Sichem que fué el que compró Jacob su padre à los hijos de Hemor, para que poniendo los ojos en sus huesos nos acordásemos de su doctrina; en quien nos enseñó el Capitan del pueblo de Dios (dice un autor) la veneracion que hemos de tener à los huesos de nuestros gobernadores y Prelados, trayéndolos siempre á los ojos para acordarnos de su doctrina y refrenar con su memoria nuestros desaciertos; pues desde sus sepulturas nos están predicando y dando voces, no olvidemos la doctrina con que nos rigieron, gobernaron y enseñaron, y que en el mismo púlpito que hoy nos predicán que es el ataud y la sepultura, predicarêmos mañana à los que nos sucedieren en esta vida mortal. Este motivo tuve para poner aquí el número de los Provinciales que ha tenido esta Provincia desde la division del año de 606 hasta el de 639 para poner á los ojos sus huesos en la sepultura, desde donde nos están predicando y dando voces para no errar el camino en el desierto del mundo, moviéndonos la autoridad de su doctrina, por la que conocimos en las personas, como dice Plinio: "Ingens est ad virtutem stimulatío, clarorum virorum imaginibus uti."

El primero fué el Padre Fr. Juan de Revilla hijo de la Provincia de la Concepcion.

El segundo fué el Venerable Padre Fr. Diego Muñoz, segunda vez electo, hijo de esta Provincia.

El tercero fué el Padre Fr. Juan Lopez, hijo de la Provincia de los Angeles.

El cuarto fué el Padre Fr. Andrés Nieto, hijo de esta Provincia.

El quinto fué el P. Fr. Sebastian Aleman, hijo de la Provincia de la Concepcion.

El sexto fué el P. Fr. Francisco Villalva, hijo de la Provincia de la Concepcion.

El sétimo fué el Padre Fr. Pedro de Aguilar, hijo de esta Provincia.

El octavo fué el P. Fr. Pedro de Leiva, hijo de la Provincia de Andalucía.

El noveno fué el P. Fr. Tomás de Zavala, hijo de esta Provincia.

El décimo fué el P. Fr. Juan Iraizos, hijo de la Provincia de Aragon.

El undécimo fué el Padre Fr. Cistobal Vaz, hijo de esta santa Provincia y que hoy en acto la está gobernando.